

Mauricio Schoijet

Blanqueo del spencerianismo, blanqueo de la burguesía  
Ciencia Ergo Sum, vol. 11, núm. 2, julio-octubre, 2004, pp. 209-218,  
Universidad Autónoma del Estado de México  
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10411211>



*Ciencia Ergo Sum*,  
ISSN (Versión impresa): 1405-0269  
[ciencia.ergosum@yahoo.com.mx](mailto:ciencia.ergosum@yahoo.com.mx)  
Universidad Autónoma del Estado de México  
México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

[www.redalyc.org](http://www.redalyc.org)

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# Blanqueo del spencerianismo, blanqueo de la burguesía

Mauricio Schoijet\*

Recepción: septiembre 1 de 2003  
Aceptación: diciembre 15 de 2003

\* Departamento el Hombre y su Ambiente,  
Universidad Autónoma Metropolitana-  
Xochimilco.  
Correo electrónico: schoijet@prodigy.net.mx

**Resumen.** Se discuten las relaciones entre el pensamiento de Darwin y el de Spencer, así como la tendencia actual de muchos historiadores que tratan de *blanquear* a Spencer se plantea que no se trata de errores individuales, sino de una tendencia que busca minimizar los crímenes del imperialismo contra los pueblos coloniales, la represión contra los pobres y étnicamente diferentes, a lo cual el spencerianismo trató de dar una justificación científica. La tesis se centra en que algunas formas de seudociencia han jugado un papel importante en la lucha de clases, como instrumento de la represión contra el proletariado y las etnias subordinadas.

**Palabras clave:** historia de la seudociencia, significación política, blanqueo, eugenesia.

## Whitewashing Spencer, Whitewashing the Bourgeoisie

**Abstract.** In this article I discuss the relations between his thought and that of Charles Darwin, and also the trend among many historians who try to whitewash Spencer. I suggest that it is not a problem of the individual errors of some historians, but a tendency towards minimizing the crimes of imperialism against the colonial people and the repression that took place in several countries against the poor and the ethnically different-crimes for which Spencerianism tried to give a 'scientific' justification. My central thesis is that some forms of pseudo science have played an important role in the class struggle, as a tool for repressing the proletariat and subordinated ethnic groups.

**Key words:** history of pseudo science, political significance, whitewashing, eugenics.

## Introducción

Herbert Spencer (1820-1903) fue probablemente el filósofo más influyente en los países de habla inglesa en la segunda mitad del siglo XIX. Fue el más importante ideólogo del racismo y del imperialismo, y se le puede considerar fundador del mal llamado darwinismo social, que debería llamar-

se spencerianismo. Su influencia prácticamente ha desaparecido, pero sigue figurando en muchos textos como uno de los fundadores de la sociología. Las teorías de Spencer operaron como justificación de las prácticas racistas e imperialistas, así como de la represión contra los trabajadores. En el presente artículo se discute la cuestión de las relaciones entre el pensa-

miento de Darwin y el de Spencer, así como una tendencia presente en muchos historiadores que tratan de blanquear a Spencer, al sugerir que no se trata de errores individuales de determinados historiadores, sino de una tendencia que busca minimizar los crímenes del imperialismo contra los pueblos coloniales y la represión que ocurrió en varios países contra los

**El blanqueo del spencerianismo –también mal llamado darwinismo social– implica negar el carácter funcional de esta ideología para la política del imperialismo, del racismo y de la represión contra la clase trabajadora.**

pobres y étnicamente diferentes, y a los cuales el spencerianismo trató de darles una justificación ‘científica’. Mi tesis central es que algunas formas de pseudociencia han jugado un papel importante en la lucha de clases, como instrumento de la represión contra el proletariado y las etnias subordinadas.

### **1. La significación histórica del blanqueo del spencerianismo**

Este trabajo se inscribe en la corriente del materialismo histórico; pretende examinar un tema sumamente controvertido en la historiografía de la biología y de todas las ciencias sociales: la relación entre ciencia e ideologías en el caso concreto de la obra del filósofo inglés Herbert Spencer, y de su relación con la teoría científica de Charles Darwin sobre la evolución de las especies por selección natural; con la genética y con la eugenesia, considerada la segunda como teoría y práctica pseudocientífica, que fueron armas del imperialismo, del racismo y de la represión contra sectores sociales subordinados.

El trabajo coincide en gran medida con la evaluación que sobre este personaje hace el antropólogo estadounidense Marvin Harris (1982: 93).

Varios autores han manifestado opiniones negativas e incluso despectivas sobre Spencer, como Bertrand Russell (citado por Medawar, 1984), Leszek Kolakowski (1988), Gertrude Himmel-farb (1959) y Peter Medawar. Himmel-farb (1959: 226) lo llama “aficionado cómico y patético”; Medawar (1984), “un

gran monstruo extinto”. Sin embargo, a diferencia de los anteriores, Harris (1982: 111 y 174-183) sostiene que Spencer, en sus *Principles of Sociology*, publicado en 1896, hizo una contribución importante a la antropología en lo relativo a la evolución de las ideas religiosas.

El blanqueo del spencerianismo –también mal llamado darwinismo social–, que practican los historiadores ubicados en el campo de la burguesía, aun algunos tan honestos y acuciosos como Loren Graham (1981), implica negar el carácter funcional de esta ideología para la política del imperialismo, del racismo y de la represión contra la clase trabajadora. Ello equivale a negar que las clases dominantes anglosajonas –particularmente la estadounidense–, no sólo la germana, alimentaron tendencias protofascistas durante varias décadas. También implica la negación de la continuidad esencial entre el spencerianismo, la antropología criminal de la escuela de Lombroso, la eugenesia de Francis Galton y Charles Davenport, etcétera, y el holocausto nazi. Al ocultar estos hechos, o al enturbiar la relación causal que los conecta, la barbarie nazi queda reducida a una inexplicable y estrictamente locura temporal germana y las buenas conciencias pueden dormir en paz. Pero la verdad histórica acerca de hechos tan bárbaros, en los que perecieron millones de personas, no puede ser tan fácilmente desviada.

Para esta mistificación, varios historiadores invocan el hecho de que hubo socialdemócratas entre los spencerianos, y hasta algún bolchevique que promovió propuestas de tipo eugenista.

### **2. El blanqueo del spencerianismo**

La historiografía burguesa no solamente trata de blanquear al spencerianismo sino también a Darwin, así como a cualquier pensador asociado con el surgimiento del darwinismo, por ejemplo a Malthus. En un caso extremo, se trata de reivindicar el spencerianismo.

Un argumento para excusar la ausencia de una caracterización del spencerianismo plantea que se trataría de un tema intrínsecamente difícil, como lo afirman Steven Shapin y Barry Barnes (1979) en un incisivo estudio sobre el tema. Para estos autores, el ‘darwinismo social’ sería un objeto de estudio particularmente intratable porque atraviesa los límites aceptados entre las disciplinas académicas, por lo cual “no es abordado ni por historiadores [generales] ni por historiadores de la ciencia”. Aceptan que efectivamente el spencerianismo ha sido pobremente estudiado y caracterizado, porque habría habido poco interés, excepto en lo que se refiere a su relación con Darwin.

El supuesto escaso interés en el spencerianismo y el afán por blanquear a Darwin son dos caras de la misma moneda. El primer fenómeno se explica porque el spencerianismo está funcionalmente ligado a los crímenes de la burguesía. El segundo se requiere para preservar una concepción burguesa de la ciencia como químicamente pura, incontaminada por las ideologías.

El spencerianismo resulta intratable dentro de una concepción burguesa de la historia de la ciencia, mantenida por la mayoría de los estudiosos, con particular fervor por los más conservadores. Para esta escuela de pensamiento, toda contaminación ideológica en la historia de la ciencia es puramente accidental. Dados a ver la paja en el ojo ajeno, estos historiadores no tienen problemas en señalar al lisenkismo como un caso paradigmático de esta conta-

minación, ya que ahí, señalan, la culpa es de Stalin y de los nefastos bolcheviques. Pero evitan tomar en cuenta al spencerianismo, cuya sombra se proyecta sobre algunos burgueses o ideólogos de la burguesía que jugaron un papel importante, como el gran capitalista Andrew Carnegie, o de personajes sobresalientes en la historia de las ciencias sociales, como el estadounidense William G. Sumner y otros. El estudio de esta corriente mostraría que se trató de un arma de la ideología burguesa, que buscaba el desarme ideológico de la clase antagónica y de los grupos sociales subordinados en general.

La tendencia aquí reseñada incluye historiadores como Robert C. Bannister (1972), quien intenta blanquear tanto al spencerianismo como a Darwin. En esa misma línea, aunque tal vez con mayor moderación, se encuentran también Pickens (1968, citado por Allen, 1976) y Ludmerer (1972). Contra un historiador probo como Richard Hofstadter (1955), quien sostiene que a partir de la década de 1890 Spencer y sus seguidores estadounidenses justificaron el *status quo* y promovieron el racismo, el imperialismo y el militarismo, Bannister (1972) afirma que sólo buscaban “la estabilidad, el consenso y la homogeneidad” (¿forma delicada de nombrar al racismo?) y “el cambio pacífico bajo el régimen capitalista”. En cuanto a Darwin, la postura sería totalmente inocente, puesto que los mencionados ideólogos de la burguesía no habrían sido darwinistas sino lamarckianos.

El tratamiento suave para los promotores de las políticas racistas y represivas que hacen Pickens y Ludmerer ha sido justamente criticado por el historiador estadounidense Garland Allen (1976). Según Pickens (citado por Allen, 1976), el hecho de que miembros connotados de la burguesía favorecieran al movimiento eugenista se debía a que reconocían “el valor de la caridad en mi-

tigar el filo de los conflictos de clase”, y así alaba a Carnegie y Rockefeller por establecer fundaciones caritativas “no por razones estrechamente definidas, sino para eliminar la miseria humana”. Blancaea asimismo los residuos actuales de la eugenesia con el argumento de que esos personajes sostendrían puntos de vista más equilibrados que sus predecesores. Tampoco menciona que la eugenesia se basaba en extrapolaciones indebidas. Allen (1976) señala correctamente que la atención pública a los trabajos sobre genética fue ridícula comparada con la que se dio a la eugenesia, que la difusión de la literatura eugenista no fue obra de un individuo sino de un grupo social que por supuesto contaba con los medios para ello, que no se trató de un fenómeno aislado sino que se insertaba en una política represiva generalizada, que incluyó los ataques contra sindicatos y militantes sindicales, y que la alabanza de Pickens a las virtudes caritativas de Carnegie y Rockefeller está totalmente fuera de lugar, puesto que los efectos prácticos de la eugenesia contribuyeron en diversas formas a la miseria y al sufrimiento de millones de personas en varias formas, que fueron desde la separación de familias por efecto de los cambios en las leyes de inmigración, hasta la represión directa contra elementos marginales.

Aparte de los citados, otros blanqueadores incluyen a la historiadora Gertrude Himmelfarb (1959: 416 y 431), al ya aludido Graham (1981), C. Gillispie (1960), Robert M. Young (1969), Daniel Kevles (1985) y al antropólogo Derek Freeman (citado por Shapin y Barnes, 1979). En el caso de la primera, puede ubicársela entre los blanqueadores a pesar de su mala opinión sobre Spencer. Su argumento básico sería que como hubo socialistas –incluyendo algunos que se definieron como marxistas– que fueron también spencerianos, no puede adscribirse al

spencerianismo un carácter conservador o protofascista. Por ejemplo, Young se refiere a la forma ‘proteica’, o sea multiforme, del spencerianismo que habría incluido vertientes de derecha e izquierda. En aquella habrían estado el ya mencionado Carnegie y Theodor Roosevelt, y en la izquierda el mismo Marx, Henry George y el anarquista Kropotkin: “todo tipo de posiciones ideológicas, desde las más reaccionarias a las más progresistas” (Young, 1969). Desde luego que etiquetar a Marx como spenceriano es el supremo disparate que puede encontrarse en toda la literatura sobre el tema. Pero además, para Gillispie (1960: 343) el spencerianismo se reduciría o se habría originado en un problema de lenguaje:

Definimos al darwinismo social como la reexportación hacia las ciencias sociales de un lenguaje maliciosamente [*speciously*] fortalecido con el vigor determinista de la ciencia natural; [es decir] opiniones convertidas en verdades por haber atravesado la ciencia.

Engels afirmó algo parecido en una carta a Piotr Lavrov, sin sostener que se tratara de un problema de lenguaje.

En cuanto a la pureza de Darwin, James Allen Rogers (1972) utiliza el mismo argumento del lenguaje. Afirma que “no fue responsable de esta interpretación [spenceriana] de su teoría”. Gillispie (1960: 342) ya había señalado que Darwin utilizó un lenguaje –importado del discurso de la época victoriana sobre economía y sociedad– que implicaba una concepción del mundo, y que esta “manera metafórica de expresar conceptos claves de la teoría en *El origen de las especies* [...] con conceptos metafóricos de Malthus y Spencer, hizo [...] más difícil disociar su nuevo descubrimiento de modos más antiguos del pensamiento social”. Pero Rogers (1972: 265-280) reconoce que en varios pape-

les privados, Darwin expresó opiniones sobre la relevancia para la sociedad humana de la teoría de la evolución, en tanto que Shapin y Barnes (1979) agregan que también lo hizo en algunas de sus publicaciones tardías. No obstante, Rogers afirma, y consideramos que tiene razón en este punto, que estas especulaciones no eran una extensión lógica de su teoría de la evolución.

Shapin y Barnes (1979) plantean que la defensa de Darwin en cuanto a su responsabilidad por el spencerianismo se basa en la pureza de sus intenciones, ya que habría sido un científico puro, lo que por supuesto no es sino una tautología; en la de sus fuentes, de las que no habría podido recibir ninguna influencia nociva; y finalmente de que nada impropio (*untoward*) podría ser deducido de la teoría expuesta en *El origen de las especies*. Los defensores de Darwin ocupan una amplia gama de posiciones ideológicas, desde marxistas vulgares como John D. Bernal, hasta conservadores como Himmelfarb y Gavin de Beer (1970, citado por Shapin y Barnes, 1979). Sin dar elementos de apoyo, Bernal (1965) exime a Darwin porque éste nunca deseó la difusión del darwinismo social. Himmelfarb (1979) va más lejos: puesto que Darwin estuvo influido por Malthus, resulta necesario que la teoría del segundo sea también una teoría científica. El concepto de lucha por la existencia es todo lo que Darwin debería al economista inglés, pero Malthus no afirmó que en esta lucha triunfaran los fuertes y sucumbieran los débiles. La historiadora hasta se aventura a proponer que Malthus se hubiera molestado (*distressed*) de haber podido contemplar la forma en que su pensamiento fue aplicado por Darwin. Tanto Himmelfarb como De Beer implican o reflotan un argumento ya usado por Federico Engels en su *Anti-Dühring*, en el sentido de minimizar la influencia de Malthus sobre Darwin.

Entre los cuestionadores de la pureza de Darwin se encuentra el también antropólogo Marvin Harris (1968, citado por Shapin y Barnes 1979). Sostiene que *El origen...* fue mucho más que un texto científico, ya que “legitimó lo que mucha gente, desde científicos hasta políticos, habían vagamente sentido como cierto sin poder expresarlo ellos mismos”. Contra Himmelfarb, quien asegura que Darwin no estuvo contaminado por ninguna ideología, afirma que no pudo estar consciente de las implicaciones mayores (sociales) de la “lucha por la existencia”. Esta posición coincide con la de John C. Greene (1977) y con la de Shapin y Barnes (1979).

Greene (1977) estableció una continuidad entre el Darwin científico y el Darwin ideólogo del spencerianismo a partir del estudio de sus notas inéditas. En un libro posterior, señala que la fuente más importante acerca de las opiniones de Darwin sobre evolución de la sociedad es su *Descent of Man* de 1871, y que se trata de un texto ambiguo, ya que hay pasajes en los que el autor parecería más spenceriano que Spencer, al proclamar la necesidad de una lucha entre individuos, naciones, tribus y razas como requisito para el progreso y otros aspectos en los que parece reconocer el papel de la educación, sentimientos humanitarios e instituciones sociales. También señala que en apuntes de Darwin previos a la publicación de *El origen de las especies* y en una carta a Lyell de 1859, plantea aparentemente que la categoría de raza sería central para la evolución social, y así tomaría como natural el exterminio de las “razas bajas y mentalmente no desarrolladas” cuando llegaban a estar en contacto con los europeos (Greene, 1981), aunque también hay evidencia en su diario del viaje en el Beagle, de que a Darwin le repugnó la brutalidad con que los anglos y argentinos trataban a los nativos de Tierra del Fuego. Hay además otro texto

del que puede desprenderse que no consideraba la selección natural como la única fuerza que operaba en la historia humana, porque de ser así, los griegos antiguos, que evidentemente tuvieron el mayor desarrollo intelectual, hubieran conquistado a sus vecinos y se hubieran extendido por Europa, lo que no ocurrió (Greene, 1981: 119). Pero sí está claro que consideraba natural y benéfico al imperialismo anglo, como lo muestra una carta al señor G. A. Gaskell, en la que apuntaba que “no se puede exagerar la importancia [...] de nuestra colonización para la futura historia del mundo” (Greene, 1981: 121-122).

Greene (1981) afirma:

No debemos apresurarnos a señalar a Darwin como “racista” o desecharlo como exponente burgués del imperialismo británico. Si, como parece claro, compartía la creencia de muchos de sus contemporáneos sobre la existencia de diferencias raciales en la habilidad intelectual y disposición moral, lo pensó porque la evidencia parecía requerirlo, y condicionó [*qualify* tiene el sentido de condicionar o atenuar] sus afirmaciones.

Se debe mencionar que Alfred Russel Wallace, el cofundador de la teoría de la evolución por selección natural, publicó en 1864 un artículo (citado por Greene, 1981) que reiteraba puntos de vista similares sobre la inevitable extinción de estas razas supuestamente bajas y mentalmente poco desarrolladas, como las etnias nativas de Estados Unidos, indígenas australianos, etcétera; y Darwin escribió notas que muestran una buena opinión acerca de ese texto (Greene, 1981: 102-105). Otro escrito citado por Greene (1981: 111) revela que Darwin repetía acriticamente ideas del folclore colonial acerca de los presumibles efectos nocivos de la mezcla de razas, y que asimismo tomaba la superioridad tecnológica (de los europeos)

como evidencia de una superioridad intelectual innata, que por supuesto atribuía a la selección natural. Darwin fue asimismo antifeminista, como lo fue Huxley, dice Greene, y alabó a Spencer como “nuestro gran filósofo”.

Otros autores que han cuestionado a Darwin, o señalado sus limitaciones, incluyen a los marxistas italianos Antonio Labriola y Valentino Gerratana. El primero señala que a diferencia de Marx, en cuya obra ciencia y filosofía estarían totalmente fundidas, Darwin no fue el filósofo de su propia ciencia. Labriola (1969: 102-103) indica:

Sin duda ha revolucionado Darwin el campo de las ciencias del organismo y, con ellas, la entera concepción de la naturaleza. Pero Darwin mismo no tuvo conciencia del alcance de sus descubrimientos: no fue el filósofo de su ciencia. *El darwinismo, en cuanto nueva visión de la vida y, por lo tanto de la naturaleza, se encuentra más acá de la persona y las intenciones del mismo Darwin [énfasis mío].*

No me propongo discutir en este texto la afirmación de Labriola de que Darwin no fue el filósofo de su propia ciencia, pero creo que la segunda es totalmente correcta, en cuanto el término *darwinismo* debe ser usado para referirse a un sistema de ideas coherente, excluyendo la contaminación ideológica spenceriana.

Gerratana (1973) apunta correctamente que Darwin nunca superó los límites de la sociedad burguesa, ni se imaginó siquiera que sería posible aplicar al estudio de la sociedad los mismos métodos científicos que había empleado en forma tan coherente en el análisis de la naturaleza orgánica. Más aún, cita un pasaje de la *Autobiografía* de Darwin —parte del cual habría sido suprimido por pedido de su esposa— que lo muestra como un materialista vulgar abierto al lamarckismo. ¿Podría hablarse de ingenuidad?

Tampoco podríamos desechar la posibilidad de que la constante inculcación en una creencia de Dios en las mentes de los niños produjera un efecto fuerte y tal vez hereditario en sus cerebros aún no completamente desarrollados, que sería tan difícil para ellos deshacerse de su creencia en Dios como para un mono del odio y temor instintivos por una serpiente (Gerratana, 1973: 60-84).

En relación con este punto, cabe señalar que Jorge Martínez Contreras (1985) también ha observado la existencia de influencias lamarckianas en el pensamiento de Darwin, particularmente en la cuestión de hábitos e instintos y, otra vez en particular, respecto a plantas y animales domesticados.

Si Darwin nunca deslindó posiciones con Spencer, sino que lo apoyó en cierta medida con pronunciamientos privados y en sus publicaciones tardías, sí lo hizo claramente Thomas Henry Huxley, su discípulo más radical. Greene (1977) afirma que hacia 1860, los puntos de vista de Darwin, Spencer y Huxley eran similares, pero que los de este último cambiaron de manera muy considerable. En un artículo publicado en 1888, es decir varios años después de la muerte de Darwin, Huxley sostuvo que la naturaleza no es ni conspicuamente benévola ni necesariamente progresiva, y que la teoría de la evolución no predice necesariamente una progresión desde formas más bajas hacia otras más altas, que supuestamente justificaría los sufrimientos que la evolución produce. Según Huxley (citado por Himmelfarb, 1959), el retroceso podría ser tan probable como el progreso.

En un artículo posterior sobre *Evolution and Ethics*, publicado en 1894, negó que la supervivencia de los más aptos en la sociedad humana implicara algún progreso ético, sino que por el contrario, el progreso ético de la sociedad implicaba la

necesidad de superar las tendencias ‘cós-micas’, es decir, las de la evolución biológica. No sólo se pronunció en ese texto contra el individualismo spenceriano, sino contra las tendencias represivas de los partidarios del positivista Comte y de los eugenistas, que trataron de imponer a la sociedad nociones de aptitud supuestamente derivadas de la naturaleza. Para Huxley, quien de algún modo fue un precursor de las ideas que manejaría décadas más tarde su ilustre descendiente, autor de *Un mundo feliz*, una administración ‘científica’ de la sociedad podría representar una tiranía más intolerable que cualquiera conocida.

Para terminar este punto, quisiera destacar que es muy frecuente que traten de disculparse los errores y aun aspectos peores de determinadas figuras históricas con base en que sus méritos serían más importantes que sus errores —lo que parece muy claro en el caso de personajes como Darwin, Wallace y Huxley—, y a que reflejarían una especie de espíritu de la época. En efecto, es cierto que si Darwin y Huxley fueron racistas y antifeministas, de alguna manera no hacían otra cosa que reflejar ideologías muy generalizadas. Pero no es verdad que todos los intelectuales importantes fueran así, ya que hay alguna notable excepción en el caso del economista y filósofo John Stuart Mill, quien en la década de 1860 apoyó el derecho al voto de las mujeres y los negros, en contra de los antropólogos que en sus investigaciones probaban que ello sería ‘anticientífico’ y contrario a la condición humana (Richards, 1989).

### 3. La interpretación de la historia

La caracterización de Darwin que hace Greene parece insuficiente. ¿Por qué no aceptar que aquél vivía en el clima moral e intelectual de la sociedad inglesa de su tiempo, permeada por el racismo y el imperialismo, y que era

**Las tareas de la historiografía de la ciencia son entonces las necesarias revisiones críticas, tanto de la historiografía liberal como del economicismo y del ultraizquierdismo teórico.**

probablemente tan racista e imperialista como la mayoría de sus contemporáneos, en particular los naturalistas que formaban parte de las sociedades científicas, por más que matizara su racismo e imperialismo con algunas expresiones piadosas acerca de “las obligaciones de la humanidad ilustrada”? Es necesario desinflar el mito positivista de la pureza de los científicos en general, y la de Darwin o de los primeros genetistas en particular, mostrando que no sólo es históricamente observable la articulación entre ciencia e ideología, entre ciencia y pseudociencia, sino las formas concretas en que se manifestaron en la obra de científicos que también operaron como ideólogos; es decir, cómo se produce esta imbricación de ciencia e ideología en su obra; pero evitar al mismo tiempo la trampa ultraizquierdista de hacerlas equivalentes, de negar la especificidad de la ciencia, como lo hacen por ejemplo Paul Feyerabend y Robert M. Young. La historia de la ciencia dejaría entonces de ser la caballerescas empresa de los incontaminados paladines de la razón, y se articularía con la historia real. Los científicos serían hombres y mujeres reales, inmersos en las ideologías dominantes, enemigos de éstas en tanto que hacen avanzar la ciencia hacia terrenos que ellas ocupaban, desgarrados por esa contradicción, vacilantes y defensivos frente al poder político y a sus aparatos ideológicos y represivos, cómplices en muchos casos.

Las tareas de la historiografía de la ciencia son entonces las necesarias revisiones críticas, tanto de la historiografía

liberal como del economicismo y del ultraizquierdismo teórico. Una historiografía científica requiere entonces dismantelar la ficción de una historiografía puramente interna, para reemplazarla por una de lo que realmente ocurrió; en otras palabras, de la articulación de la historia de la ciencia con la historia global de la sociedad, a través de los mecanismos y las trampas de las ideologías.

Cuando una determinada rama de la ciencia, en una determinada coyuntura histórica, tiene además repercusiones políticas e ideológicas, los científicos de esa rama tienen la opción de hacerle el juego o sacarse de encima la ideología dominante. Podemos aceptar que en el caso de Darwin la segunda opción no era fácil, por varias circunstancias; pero está el caso de Huxley, que muestra que no era imposible: todo lo contrario, avanzó considerablemente en esa dirección. Por ello, la responsabilidad de Darwin como ideólogo de la clase dominante no puede ser minimizada, no porque fuera importante como ideólogo puro —ese fue por cierto el caso de Spencer—, sino porque su posición como científico eminente hacía a sus textos susceptibles de ser ideológicamente explotados de una manera mucho más efectiva que los de un ideólogo puro. El eminente biólogo y filósofo de la biología Ernst Mayr da en el clavo cuando afirma en una carta:

Obviamente, todos nosotros absorbemos y aceptamos sin pensarlo muchas creencias contemporáneas [ideologías?] [...] Darwin aceptó sin hacerse preguntas muchas ideas. [Pero] no eran cruciales para

su paradigma básico, ni tenemos que insistir en retenerlas si usamos el término darwinismo a fines del siglo xx. Muchos de estos conceptos no eran de ninguna manera típicamente darwinianos [¿cómo define darwinianos?] [...] podrían ser llamados spencerianismo [...] admitamos que [...] lo que los biólogos evolucionistas llaman darwinismo actualmente no es idéntico con las creencias de Darwin. [...] Darwin [...] creyó en alguna proporción de [influencia de] uso y desuso [...] Un historiador debe mostrar todas estas incertidumbres, contradicciones y ambigüedades. Un científico, trabajando dentro del marco actual de ideas, debe redefinir continuamente sus términos para estar al día con el conocimiento más reciente [...] No tengo objeción en mostrar todas las dudas, contradicciones y confusiones de Darwin. Sin embargo, cuando llegamos a usar términos que son moneda corriente en la ciencia moderna, no podemos cargarlos con las incertidumbres de la historia pasada (Greene, 1981: 152- 155).

Greene cuestiona: *a)* si Spencer, Wallace, Darwin y Huxley compartieron la misma constelación de ideas; *b)* si ese fue el caso, qué nombre le daríamos, y *c)* si se acepta que Darwin compartió estas ideas, si tiene sentido incluirlas actualmente en lo que llamamos darwinismo, o si deberíamos seleccionar algunas que parecen hoy viables y limitar la etiqueta darwinista a estas últimas.

Seguir hablando de darwinismo es de alguna manera una señal de inmadurez de la ciencia, en el sentido de que nadie habla hoy de copernicanismo, galileísmo o newtonianismo, porque las ideas de Copérnico, Galileo y Newton se han incorporado al cuerpo general de los conocimientos físicos y astronómicos, aunque historiadores como Thomas Kuhn aceptan que Copérnico o Galileo no se libraron del todo de ideas que les venían de Tolomeo o Aristóteles. El problema está en separar la contribución cien-

tífica de Darwin de las contaminaciones ideológicas spencerianas y lamareckianas; para ello debemos admitir que la ciencia no es lo que los científicos hacen de manera inmediata y directa, sino lo que se decanta a través de un proceso histórico en el que historiadores y filósofos tienen un papel importante, y que el problema no ocurre únicamente en el caso de Darwin. Para decirlo de otra manera, no hay por qué admitir que Darwin fue totalmente darwiniano (o sea la tesis de la pureza de Darwin), como tampoco Copérnico habría sido cabalmente copernicano, Galileo galileano, etcétera.

Para entender este problema concreto, corresponde aclarar quién elaboró las proposiciones básicas del spencerianismo o darwinismo social, y por qué recibió esta denominación; cuál fue la influencia de Malthus sobre Darwin y la relación de Darwin con Spencer.

Sobre el primer punto no hay dudas. El fundador y principal propagandista de la corriente fue Spencer, pues su *Social Statics*, que registra las ideas básicas, fue publicado en 1851, esto es, ocho años antes de *El origen...* Ese texto contenía una clara definición de la ideología, que generalizó en varios otros publicados en 1852, 1857 y 1861 (Young, 1969). La historiadora Himmelfarb (1959: 419) también comparte este punto de vista. Podemos suponer que si la obra de Darwin se hubiera limitado a sus trabajos científicos anteriores a *El origen...*, más sus pronunciamientos spencerianos posteriores, nadie se acordaría de su spencerianismo. Si su nombre fue utilizado para la etiqueta de darwinismo social, fue porque su prestigio científico daba respetabilidad a una mercancía deleznable, es decir, que se trató de un caso de explotación ideológica de la ciencia, en el que se utilizó el prolongado silencio del científico –originado quizá en sus dudas al respecto–, que no puede excusar su adhesión, por tardía y tibia que haya sido.

El problema del lenguaje, al que aluden Rogers (1972) y Gillispie (1960), se refiere a lo que podría ser una característica general de las revoluciones científicas. Louis Althusser ha tocado este tema en relación con la obra de Marx, quien pudo haber experimentado dificultades similares a las de Darwin en cuanto a la forma de expresar sus descubrimientos. Y efectivamente Lassalle y Bernstein usaron el mismo lenguaje de Marx para promover sus tergiversaciones reformistas del marxismo. Y así como Huxley denunció las tergiversaciones spencerianas, también Marx, Engels y Lenin lo hicieron con las lassalleanas y bernsteinianas.

La influencia de Malthus sobre Darwin no pudo haber sido casual ni debe ser minimizada. Un elemento importante en este sentido es el hecho de que Alfred Russel Wallace, quien elaboró en forma independiente de Darwin una propuesta teórica similar, reconoció igualmente haberla recibido (Greene, 1981). La cuestión de la científicidad de la teoría de Malthus ha sido objeto de prolongados y enconados debates, que no corresponde reseñar en este texto. Baste con señalar que efectivamente jugó un papel ideológico en su época, como lo sugirieron Marx y Engels, que fue similar al que tendría Spencer décadas más tarde, aunque este último nunca apoyó la teoría de Malthus. Lo que tienen en común es la adscripción de un origen natural a males sociales. Sin embargo, hay un aspecto muy relevante implícito en la obra de Malthus y que parece haber escapado a la atención de los historiadores, pero no a la del filósofo Bertrand Russell (1953), y que pudo haber tenido un gran impacto sobre Darwin y Wallace, en el sentido de quebrar un obstáculo epistemológico crucial para la formulación de cualquier teoría evolucionista.

En efecto, la práctica teórica pre-científica de los naturalistas articulaba

la concepción creacionista con la de la armonía preestablecida, tanto entre las especies como en relación con el ambiente. Cuando Malthus plantea que debe existir una correspondencia entre población y recursos naturales, que en caso de ser transgredida podría llevar a la especie humana a la ruina, introduce con ello un elemento materialista y antiteleológico que quiebra la noción de la armonía preestablecida. Porque si en efecto la especie humana, máxima creación de Dios, podría verse seriamente afectada por desequilibrios con su medio, con mayor razón podrían serlo otras. Russell afirma que lo valioso de Malthus no está en sus conclusiones, que considera mayormente erróneas, sino en su “disposición [*temper*] y método de investigación”, que serían verdaderamente científicos. “Su gran mérito”, establece, fue “en considerar al Hombre [...] parte de la naturaleza, un ente con ciertas conductas características de las cuales se deben derivar ciertas consecuencias [...] su calma determinación de considerar al Hombre como un fenómeno natural” (Russell, 1953: 47).

Las referencias a la pureza de las intenciones de cualquier personaje histórico no pueden tener importancia para ninguna historiografía seria. La cuestión estaría en determinar cuál fue la visión de la sociedad que Darwin pudo haber tenido, y por lo que sabemos, sería legítimo suponer que no superaba el horizonte ideológico burgués de su época, y que tampoco tenía elementos que no derivaran de las formas tradicionales de las ideologías religiosas para oponerse al spencerianismo. Pero la materia del blanqueo de Darwin sí tiene una importancia considerable para el debate contemporáneo sobre el papel de la ciencia, porque si Darwin estuvo contaminado por las ideologías dominantes en su tiempo, también podrían estarlo actualmente Edward Teller, Hans Bethe,

Alvin Weinberg y otros tantos científicos naturales que le han hecho propaganda a la energía nuclear o han cuestionado los trabajos de Forrester y Meadows acerca de los límites del crecimiento, lo cual no sólo afectaría la credibilidad de los mencionados sino la de sus auspiciadores, como Westinghouse, General Electric y los organismos nacionales e internacionales que promueven la energía nuclear o minimizan los problemas de agotamiento de recursos, contaminación, etcétera. La adscripción de estados internos de creencias e intenciones ha sido explícitamente rechazada por teóricos como C. Wright Mills y L. Wittgenstein. También corresponde señalar que, en tanto que los blanqueadores adscriben confiadamente estados de conciencia, motivos e intenciones a determinados personajes, frecuentemente tratan el estudio de patrones institucionalizados de pensamiento, ‘cosmologías’ o movimientos como especulativos y carentes de valor.

También vale la pena mencionar la sarcástica observación del ya citado antropólogo estadounidense Marvin Harris, en cuanto a que habría que explicar estos fenómenos con la hipótesis de que representan una sacralización generadora de mitos, donde Charles Darwin haría el papel de tótem sagrado, en tanto fundador de la biología moderna, que sería igualmente sagrada, como toda la ciencia. Para ello resultaría necesario minimizar el papel de un personaje como Malthus, cuyo estatus científico resulta dudoso, así como atribuirle el carácter de malentendido a la influencia de Darwin y de su teoría sobre el mal llamado darwinismo social. Por otra parte, si los historiadores conservadores como Bannister, Himmelfarb y otros están cercanos a la categoría de intelectuales orgánicos del imperialismo, entonces una de sus tareas sería la de blanquear y minimizar los crímenes pasados y presentes de ese régimen, desde

los de Nixon y Kissinger hasta los de Theodore Roosevelt, y por supuesto a los ideólogos e ideologías que los justificaron.

Si los historiadores burgueses más lúcidos tratan de blanquear a Darwin separándolo de Malthus y Spencer, los más audaces, embarcados en el apoyo abierto a la sociobiología, continuación actual del spencerianismo, tratan no sólo de blanquear a Darwin sino a Spencer, con el comentario de que ambos serían los fundadores de las ciencias sociales. En esta empresa de reivindicación figuran el antropólogo Robert L. Carneiro, con el apoyo de Peter A. Corning (1983). Si la pretensión de rescatar al spencerianismo del basurero de la historia es ridícula, la de poner a Darwin en un nivel similar al de Spencer es injusta, porque el primero nunca apoyó la hipótesis central del segundo del progreso inevitable en el campo de los fenómenos biológicos, y porque su actitud hacia Spencer fue por lo menos ambivalente. En efecto, en su *Autobiografía* criticó severamente diversos aspectos de su obra, a los que llegó a calificar de ‘basura’. Si fue un spenceriano, fue uno de tercera, porque era demasiado buen científico para ser un buen ideólogo.

Toda la discusión precedente gira en torno a la cuestión de cuán spenceriano fue Darwin. En este punto estaría de acuerdo con Greene, en el sentido de que su posición frente al spencerianismo fue por lo menos ambigua, pero iría un tanto más lejos. En un punto central Darwin estaba en desacuerdo con una proposición de Spencer: mientras que el segundo se mostraba como paladín del progreso, su visión de la humanidad no incluía ningún progreso moral. El mundo moral de Spencer era un desierto, inmutable en su crueldad, mientras que Darwin confiaba en el progreso moral de la especie humana. En cambio, en otros aspectos estuvo

contaminado por las ideologías del racismo y del imperialismo.

#### 4. Blanqueadores varios

Por supuesto que no se trata solamente de blanquear a Darwin, ya que la investigación histórica ha dejado malparados a unos cuantos que en su momento fueron apreciados como grandes científicos. En esta lista podríamos incluir a Samuel Morton, Cyril Burt, Césaire Lombroso, entre otros. Tal vez le debemos el intento más amplio de reivindicación en masa de estos caballeros a Tom Bethell, quien tiene el antecedente de haber proclamado que la teoría de la selección natural de Darwin estaba al borde de la quiebra (Bethell, 1977, citado por Gould, 1977). Después de esa pequeña exageración, publicó otro artículo en el que trata de recuperar a los antropólogos físicos tempranos, que fueron racistas, como el estadounidense Morton y el francés Broca, contra el conocido biólogo Stephen J. Gould; también a Spencer, al sociobiólogo Edward Wilson, al filósofo Karl Popper contra Darwin, etcétera. Gould no puede tener razón porque estuvo contaminado por el marxismo desde su más tierna infancia; Broca tiene que ser respetable porque Darwin tuvo una buena opinión de él; Spencer, porque inventó la teoría de la evolución antes que Darwin (Bethell, 1978).

#### 5. El blanqueo de la eugenesia nazi

El blanqueo de la eugenesia en Alemania se inscribe en una corriente de la historiografía revisionista que pretende blanquear los crímenes del nazismo y la responsabilidad de la burguesía alemana en ellos. Entre los historiadores empeñados en esta poco loable empresa se encuentran Ernst Nolte, autor de una *Historia del fascismo*, publicada en

1963, y reconocida como una de las mejores obras sobre el tema.

En 1986 Nolte publicó un artículo en el periódico *Frankfurter Allgemeine*, que fue respondido por el filósofo Jürgen Habermas y otros intelectuales de izquierda. La tesis de Nolte consistía en que el fascismo no era comprensible sin referencia al bolchevismo, y que el *gulag* estaliniano había precedido cronológicamente los hornos crematorios nazis, o que “la guerra civil europea comenzó en 1917” (Nolte, citado por Massin, 1991). En efecto, el nazismo fue alentado por una ola de histeria que arrastró a la burguesía europea –y estadounidense, y hasta a la argentina– como consecuencia de la toma del poder por los bolcheviques en 1917; pero es absurdo implicar, como lo hace Nolte, que de alguna manera los crímenes de Stalin provocaron los de Hitler, y que todo el Occidente es culpable de ellos, en tanto que Churchill y Roosevelt no hicieron nada por ayudar a las víctimas que huían del terror nazi. Aunque efectivamente ambos mostraron una deplorable indiferencia frente al sufrimiento y amenaza de muerte de millones de seres, es ridículo pretender que su responsabilidad sea comparable con la de Hitler, como tampoco lo es la de las clases dominantes anglosajonas con la de la germana. En efecto, todas exhibieron tendencias racistas e imperialistas, pero sólo la alemana las llevó hasta sus últimas consecuencias (Sorman, 1989).

Los historiadores germanos Wein-gart, Kroll y Bayertz intentan su blanqueo al eugenismo sobre la base de que en esa época todos los genetistas eran eugenistas. Por ejemplo, dicen en su libro *Raza, sangre y gene: Historia de la eugenesia e higiene racial en Alemania*: “En 1921 la mayoría de los genetistas conocidos de Europa y América asistieron al Segundo Congreso Internacional de Eugenesia que se celebraba en Nueva York”; entre 1914 y 1933 no

había “una frontera clara entre la genética ‘científica’ y un eugenismo ‘seudocientífico’ en la idea que los propios investigadores de la época se hacían de sí mismos” (Massin, 1991); y que sería “imposible y poco juicioso transferir retrospectivamente criterios de juicio a la situación de Weimar y llamar seudociencia al eugenismo de aquel tiempo, para con ello salvar la ‘buena’ ciencia y librarla de todos los elementos ideológicos en que se había enredado” (citado por Massin, 1991: 207-212).

Lo que estos autores pretenden es que juzguemos a los genetistas de aquella época con la opinión que tenían de sí mismos; que olvidemos que sí hubo varios de ellos, como Castle, Jennings y Morgan, que se deslindaron de la eugenesia, y otros, como Muller y Haldane, que deslindaron la seudociencia de la eugenesia y la genética, que activamente lucharon contra el racismo y el fascismo, y que casualmente estaban conectados con el movimiento comunista; que aquellos como Davenport, Lenz y Von Verschuer contribuyeron a la confusión entre ciencia y seudociencia, que alentaron las políticas racistas en Estados Unidos y que cooperaron en la elaboración de la legislación nazi sobre esterilización de los ‘inaptos’, preludeo del genocidio; que olvidemos los movimientos políticos que se beneficiaron con la indefinición entre eugenesia y genética, y que ello tuvo efectos políticos, los cuales condujeron a la ‘solución final’ del genocidio nazi.

## Conclusión

Herbert Spencer fue el principal ideólogo de las burguesías de los países de habla inglesa en la segunda mitad del siglo XIX, un personaje de una gran importancia para la historia de las ideas y para la de algunas prácticas que tuvieron importantes efectos sobre la sociedad decimonónica y en la prime-

ra mitad del siguiente, como lo fue la eugenesia. Para algunos autores fue el fundador de las ciencias sociales.

La cuestión de la evaluación del spencerianismo implica la de la ubicación histórica de un grupo numeroso de personajes, científicos e ideólogos, de quienes Charles Darwin es el más importante, el fundador de la teoría de la evolución de las especies y uno de los más grandes científicos de la historia de la ciencia. Otros científicos serían Robert Malthus, Alfred Russel Wallace, Thomas H. Huxley, Francis Galton y Charles B. Davenport.

Los asuntos discutidos por filósofos, antropólogos e historiadores incluyen puntos específicos, como por ejemplo el de la influencia de Malthus sobre Darwin, el aspecto científico de la teoría de la población del primero, que considera a la especie humana sujeta a las mismas limitaciones que cualquier otra especie biológica; las relaciones entre el pensamiento del segundo y el de Spencer; la existencia de contradicciones en el parecer de varios de los mencionados, e incluso su evolución ideológica; la de sus posiciones filosóficas en cuanto a si la evolución biológica tendría o no una determinada dirección; el papel de los primeros antropólogos físicos, etcétera.

Podríamos clasificar a los estudiosos que han tocado esta temática como de derecha y de izquierda. Definiría a la derecha como defensora o blanqueadora de Spencer y de la pureza de los científicos. Los filósofos en esta línea serían Barry Barnes y Steven Shapin; los de izquierda, Bertrand Russell, Antonio Labriola y Valentino Gerratana. Los antropólogos de derecha serían Derek Freeman, Robert Carneiro y Peter Corning; en la izquierda ubicaría a Marvin Harris. Entre los historiadores de derecha estarían Robert C. Bannister, C. Gillispie, Gertrude Himmel-farb, Daniel Kevles, Kenneth Lud-

merer, Donald Pickens, James Allen Rogers, Peter Weingart, Jürgen Kroll y Kurt Bayertz; entre los de la posición antagónica, Garland Allen, John C. Greene y Richard Hofstadter. Habría un historiador, Robert M. Young, al que podríamos calificar como de ultraizquierda.

He reseñado los textos de varios de estos filósofos, antropólogos e historiadores en lo referente a la caracterización del darwinismo social o spencer-

rianismo. Sugiero que una adecuada caracterización del spencerianismo es imposible desde el marco teórico de una historiografía burguesa de la ciencia, que supone inexistente su contaminación ideológica, o puramente accidental. Los historiadores que se colocan dentro de este marco teórico niegan el papel del spencerianismo en la justificación de los crímenes del imperialismo, de los de la burguesía estadouni-

dense contra el pueblo negro, los hispanos, orientales e indígenas, y de la represión contra los trabajadores.

El esclarecimiento de este problema no es sólo necesario desde el punto de vista de la interpretación histórica, también lo es para la filosofía, en cuanto a la definición y significado del darwinismo, y para la política, en cuanto a dar armas a científicos y militantes políticos contra nuevas mistificaciones.

## Bibliografía

- Allen, G. (1976). "Genetics, Eugenics and Society: Internalists and Externalists in Contemporary History of Science", *Social Studies of Science*, Núm. 6.
- Bannister, R. (1972). "Social Darwinism: Science and Myth in Anglo-American Social Thought", Temple University Press, Philadelphia, Pa., reseñado en *American Historical Review*. Núm. 85, 1980.
- Bernal, J. (1965). *Science in History*. Vol. 2. C. A. Watts & Co. Ltd., Londres.
- Bethell, T. (1978). "Burning Darwin to Save Marx", *Harper's*. Noviembre.
- Corning, P. A. (1983). *The Synergism Hypothesis*. McGraw Hill.
- Gerratana, V. (1973). "Marx and Darwin", *New Left Review*. Núm. 82. Nov.-dic.
- Gillispie, C. (1960). *The Edge of Objectivity*. Princeton University Press.
- Gould, S. J. (1977). *Ever Since Darwin: Reflections in Natural History*, W. W. Norton, New York.
- Graham, L. (1981). *Between Science and Values*. Columbia University Press.
- Greene, J. C.  
 \_\_\_\_\_ (1977). "Darwin as a Social Evolutionist", *Journal of the History of Ideas*. Vol. 10. Núm. 1. Primavera.
- \_\_\_\_\_ (1981). *Science, Ideology and Worldview*. University of California.
- Harris, M. (1982). *El desarrollo de la teoría antropológica*. Siglo XXI, España.
- Himmelfarb, G. (1959). *Darwin and the Darwinian Revolution*. W. W. Norton, New York.
- Hofstadter, R. (1955). *Social Darwinism in American Thought*. Beacon Press, Boston.
- Kevles, D. (1985). *In the Name of Eugenics: Genetics and the Uses of Human Heredity*. Knopf, New York.
- Kolakowski, L. (1988). *La filosofía del positivismo*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Labriola, A. (1969). *Socialismo y filosofía*. Alianza Editorial, Madrid. Compilación Gerratana, V. (1968). *Saggi sul materialismo storico*. Editorial Riuniti, Roma.
- Ludmerer, K. (1972). *Genetics in American Society*. Johns Hopkins University Press.
- Martínez Contreras, J. (1985). "Las influencias lamarckianas en el pensamiento de Darwin", *Investigación Humanística*. Año I, Núm. 1. Universidad Autónoma Metropolitana, México, D. F.
- Massin, B. (1991). "Del eugenismo a la operación eutanasia: 1890-1945", *Mundo Científico* (versión en español de *La Recherche*). Vol. 11, Núm. 110.
- Medawar, P. (1984). *Pluto's Republic*. Oxford University Press.
- Richards, E. (1989). "Huxley and Woman's Place in Science: The 'Woman Question' and the Control of Victorian Anthropology", en Moore, J. R. (comp.). *History, Humanity and Evolution: Essays for John C. Greene*. Cambridge University Press.
- Rogers, A. J. (1972). "Darwin and Social Darwinism", *Journal of the History of Ideas*. Núm. 33.
- Russell, B. (1953). "Mysticism and Logic", *Penguin's*. Melbourne.
- Shapin, S. y B. Barnes (1979). "Darwin and Social Darwinism: Purity and History", en Shapin y Barnes (comp.). *Natural Order: Historical Studies of Scientific Culture*. Sage Publications, Beverly Hills, California.
- Sorman, G. (1989). "Ernst Nolte: la guerre civile européenne a commencé en 1917" (entrevista con Ernst Nolte), en *Les vrais penseurs de notre temps*. Fayard, Paris.
- Young, R. M. (1969). "The Development of Herbert Spencer's Concept of Evolution", *Actes du XIe. Congrès International d'Histoire des Sciences*. Vol. 2. Ossolineum, Varsovia.